

velo, y en medio de dos careajadas ruidosas, dijo al notario que estaba anonadado por el odio, por el despecho y por el furor:

— Francamente, quiero más bien pedir ese servicio á Lucenay.

Y salió riendo con tal estrépito que el notario la oía aún desde lejos, á pesar de que estaba cerrada la puerta del despacho.

Luego que Jaime Ferrán volvió en sí del asombro, maldijo amargamente su imprudencia. Pero luego se serenó, creyendo que la duquesa no podría descubrir á nadie esta aventura sin comprometerse gravemente.

Sin embargo, el día había sido fatal para él. Hallábase sumido en negros pensamientos, cuando se abrió la puerta falsa de su gabinete y entró por ella madama Serafina sobrecogida.

— ¡ Ah, señor Ferrán ! — gritó cruzando las manos — con razón deciais que acaso nos perderíamos por haberla dejado la vida.

— ¿ Á quién ?

— Á esa maldita chiquilla.

— ¿ Por qué ?

— Una tuerta conocida mía, á quien Tournemine había entregado la niña para que nos desembarazase de ella, hace catorce años... después de haberla dado por muerta... ¿ Quién lo hubiera creído !...

— ¡ Pero habla de una vez !...

— Esa mujer tuerta acaba de estar aquí... estuvo ahí abajo hace un momento... y me dijo que sabía era yo quien había entregado la niña.

— ¡ Maldición ! ¿ pero cómo ha podido saberlo ?... Tournemine está en presidio...

— Yo negué y traté de embustera á la tuerta. Pero ella aseguró que había encontrado la niña, que es ahora una mujer hecha, que sabía en donde estaba, y que está en su mano el descubrirlo todo... y denunciar el hecho...

— ¡ Sin duda se ha desatado hoy contra mi todo el infierno ! — exclamó el notario en un acceso de rabia.

— ¡ Dios mío ! ¿ qué diremos á esa mujer ? ¿ Qué le diremos para que calle ?

— ¿ Tiene trazas de rica ?

— Cuando la traté de mendiga, tocó el bolsillo para hacerme ver que tenía dinero...

— ¿ Y sabe en donde está ahora la muchacha ?

— Asegura que lo sabe...

— ¡ Y es la hija de la condesa Sara Mac-Gregor ! — dijo el notario con estupor. — ¡ Y hace un momento que me ofrecía tanto por decir que su hija no había muerto !... ¡ Y esa hija vive y puedo devolvérsela !... Si, pero el certificado falso de muerta... ¡ Si se entabla una averiguación... estoy perdido ! Este crimen puede dar luz para descubrir los otros...

Guardó silencio por un momento, y dijo luego á madama Serafina :

— ¿ Sabe esa tuerta en donde está la joven ?

— Sí.

— ¿ Y volverá esa mujer ?

— Mañana.

— Escribe á Polidori que se vea conmigo esta noche, á las nueve...

— ¿ Queréis acaso quitar de en medio á la muchacha y á la tuerta ?... ¡ Eso es mucho para una sola vez !

— ¡ Te digo que llames á Polidori para esta noche, á las nueve !...

Al anoecer de este mismo día, Rodolfo dijo á Murph :

— Decid á Mr. de Graun que haga salir inmediatamente un correo... es preciso que Cecilia llegue á París antes de seis días...

— ¡ Con que otra vez esa mujer infernal ! ¡ tan infame como hermosa ! ¡ ese martirio execrable del pobre David !... ¿ Para qué, monseñor ?...

— ¿ Para qué, sir Gualterio ?... Dentro de un mes se lo preguntaré al notario Jaime Ferrán.

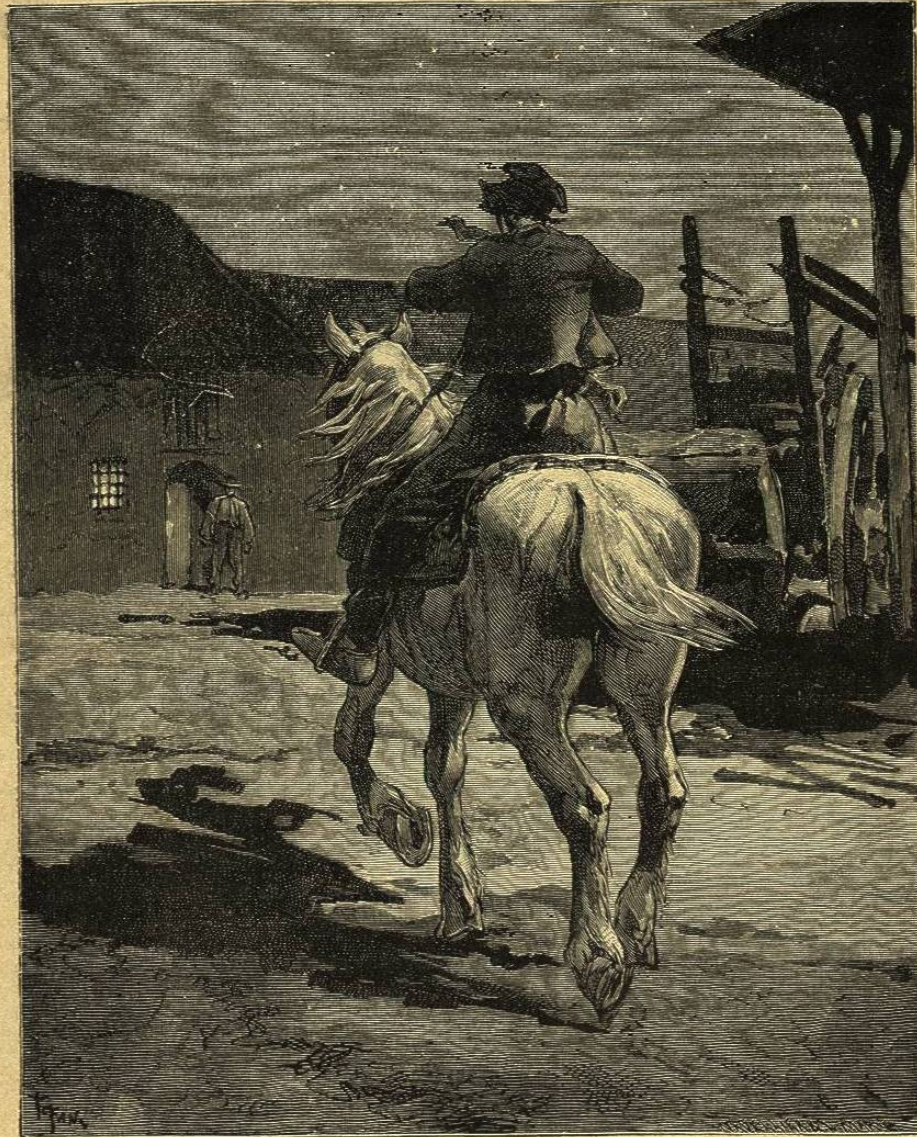
XX

UNA DELACIÓN

Como á las diez de la noche del mismo día en que la Lechuza y sus cómplices robaron á María llegó á la granja de Bouqueval un hombre á caballo, diciendo que iba de parte de Rodolfo á tranquilizar á madama Adela respecto á la desaparición de su protegida, la cual le sería devuelta dentro de pocos días. Añadió que por motivos muy graves Mr. Rodolfo rogaba á aquella señora que en el caso que tuviese que comunicarle alguna cosa, no le escribiera á París sino que le remitiese la carta por el mismo hombre que se encargaría de ella.

Érase el tal un emisario de Sara, quien por este medio calmaba á la señora Adela y retardaba por algunos días el que Rodolfo tuviese noticia del rapto de la joven. Durante este intervalo esperaba Sara obligar al notario Ferrán á que favoreciese la indigna superchería de que le habló en la conferencia tenida en su casa. Había más. También deseaba Sara deshacerse de la marquesa de Harville que le inspiraba serios temores, y á quien hubiera ya perdido á no mediar la serenidad de Rodolfo. Al día inmediato al en que el marqués siguió á su esposa á la casa de la calle del Templo, trasladóse á ella Tomás, hizo fácilmente charlar á madama Pipelet y supo que la astucia de un inquilino de la casa llamado Rodolfo salvó á la señora joven cuando iba á ser sorprendida por su esposo.

Noticiosa de esto Sara y no teniendo prueba alguna justificativa de la cita dada por Clemencia á Mr. Robert, concibió otro proyecto abominable, reducido á enviar el siguiente anónimo al marqués de Harville, á fin de que rompiese abso-



Llegó á la granja de Bouquéval un hombre á caballo.

lutamente con Rodolfo, ó cuando menos se le hiciese muy sospechoso y prohibiera á su mujer recibirlo en su casa. El anónimo estaba concebido en esta forma:

« Os han engañado infamemente : vuestra esposa supo que ibais tras ella é

» inventó un pretexto de beneficencia á que disteis crédito, y la verdad es que
» acudía á la cita de un *augusto personaje* que con el nombre de Rodolfo ha
» alquilado un cuarto piso en la calle del Templo. Si lo dudáis, id á la casa
» número 17 de dicha calle, tomad informes, describid la figura del *augusto*
» *personaje* de que os hablamos, y conoceréis que sois el más crédulo y manso
» esposo que jamás fuera *sóberanamente* engañado. No despreciéis este aviso,
» si no queréis que os reputemos por amigo muy íntimo del *príncipe*. »

Este anónimo fué echado al correo á las cinco de la tarde del día en que Sara tuvo con el notario la entrevista de que hemos hablado. En el día mismo después que Rodolfo hubo encargado al barón de Graün que apresurase la venida de Cecilia á París, fué á visitar á la esposa del embajador de... con ánimo de ver después á la marquesa de Harville á fin de participarle que había descubierto una *intriga* caritativa digna de ella. Trasladaremos al lector á casa de esa señora, y por la conversación que sigue conocerá que dicha joven ejecutaba ya los nobles consejos de Rodolfo mostrándose generosa y compasiva con su marido, á quien hasta entonces había tratado con severa indiferencia. El marqués y su esposa se levantaban de la mesa : el rostro de Clemencia era dulce y afectuoso, y el del marqués que aun no había recibido el anónimo, estaba menos triste que de costumbre.

— ¿ Qué pensáis hacer esta noche ? preguntó maquinalmente á su esposa.

— No pienso salir, ¿ y vos ?

— No sé, dijo el marqués suspirando : las reuniones me desagradan, y pasaré la noche como he pasado tantas otras... solo.

— ¿ Y por qué la habéis de pasar solo siendo así que yo no salgo de casa ?

— El marqués miró sorprendido á su esposa, y dijo : Ya se ve..... pero...

— ¿ Y qué ?

— Sé que cuando no vais á reuniones preferis muchas veces estar sola.

— Es verdad, pero como soy muy caprichosa, dijo Clemencia sonriéndose, hoy quisiera que vos acompañarais mi soledad si no os molesta complacerme.

— ¿ De veras ? preguntó el marqués conmovido. ¡ Oh ! ¡ cuánto agradezco que hayáis prevenido un deseo que yo no me atrevía á manifestaros !

— ¿ Sabéis, amigo mio, que vuestra sorpresa es casi un reproche ?

— ¡ Un reproche ! no, ciertamente, pero confieso que encontraros tan bondadosa después de mis injustas y crueles sospechas del otro día, es para mí una sorpresa, aunque sorpresa dulcísima.

— Olvidemos lo pasado, dijo Clemencia á su marido con una sonrisa de angelical dulzura.

— ¿ Y podréis jamás olvidarlo, Clemencia ? preguntó tristemente el marqués. ¿ No os he hecho yo la injusticia de sospechar de vos ? ¡ Si yo os dijera hasta

donde me hubieran arrastrado mis celos ! pero esto no es nada en comparación de otros yerros míos más grandes y más irreparables.

— Olvidemos por Dios todo lo pasado, repitió Clemencia muy afectada.

— ¿Qué es lo que oigo? ¿Y sois capaz de olvidar todo, todo lo pasado?

— Confío olvidarlo todo.

— ¿Es cierto, Clemencia? ¿llegaría hasta tal punto la generosidad vuestra? no, yo no puedo creer en una felicidad tan grande á la cual había renunciado para siempre.

— Hicisteis muy mal, ya lo veis.

— ¡Qué mudanza, Dios mío! ¿es esto un sueño? ¡Oh! decidme que no me engaño y que esto no es una ilusión.

— No, no os engaños.

— En efecto, vuestras miradas son menos severas, y vuestra voz más afectuosa. ¡Oh! decidme, ¿es esto cierto? ¿no soy juguete de una ilusión? repetídmelo.

— No, no lo sois, porque también yo necesito perdón.

— ¡Vos!

— ¡Y qué! ¿no he sido injusta con respecto á vos y aun cruel muchas veces? ¿No debía yo pensar que necesitabais mucho valor y una virtud más que humana para obrar de distinto modo que lo habéis hecho? ¿Cómo es posible que viéndoos aislado é infeliz resistierais al deseo de buscar consuelos en un matrimonio que os agradaba? ¡Ay de mí! cuando uno sufre, está muy dispuesto á creer en la generosidad de los demás. Vuestro error ha consistido en contar con la mía; pero en adelante procuraré daros la razón.

— Hablad, hablad más, dijo el marqués juntando las manos y sintiéndose como extasiado.

— Nuestras existencias están unidas para siempre, y haré todos los esfuerzos imaginables para que la vuestra sea menos amarga.

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿sois vos la que habláis, Clemencia?

— Os suplico que no extrañéis tanto lo que os digo, porque esto me hace sufrir, y es una amarga censura de mi conducta pasada. ¿Quién tendrá lástima de vos, y quién os presentará una mano amiga si yo no lo hago? He reflexionado muchísimo sobre lo pasado y sobre el porvenir: he reconocido mis faltas y creo haber encontrado el medio de repararlas.

— ¡Vuestras faltas, decís!

— Si, al día siguiente de vuestro matrimonio yo debí apelar á la nobleza de vuestro corazón y pedirlos francamente que nos separásemos.

— ¡Oh Clemencia! ¡piedad, piedad!

— Y sino, ya que aceptaba mi posición, era preciso que la ennobleciera con mis sacrificios en vez de manifestaros una callada y altiva indiferencia que era para vos una continua censura: debí pensar en la manera de consolaros de una

desgracia horrible, acordándome sólo de vuestro infortunio, y poco á poco me hubiera aficionado á mi obra á medida de los cuidados y de los sacrificios que me costara: vuestra gratitud me habría recompensado entonces... pero, ¡Dios mío! ¿Qué es lo que tenéis? ¿lloráis?

— Sí, lloro; pero es un llanto que me consuela; vos no sabéis cuántos afectos nuevos despiertan en mí vuestras palabras: dejad que lllore; nunca había conocido como ahora hasta qué punto he sido culpable encadenándoos á mí.

— Y nunca como ahora estuve yo tan decidida á perdonaros: las dulces lágrimas que derramáis me hacen experimentar una felicidad que no conocía: valor, amigo mío, valor: ya que no podemos gozar una vida feliz y brillante, busquemos otra satisfacción en el cumplimiento de los graves deberes que la suerte nos impone; seamos indulgentes el uno para el otro; y si alguna vez nos falta el valor, dirijamos la vista á la cuna de nuestra hija, reconcentremos en ella todos nuestros afectos, y aun nos será posible gozar de algo en el mundo.

— ¡Es un ángel! exclamó el marqués contemplando á su mujer con admiración apasionada. ¡Ay de mí! vos no sabéis el bien y el mal que vuestras palabras me causan; no sabéis que las crueles palabras y los amargos aunque merecidos reproches que otras veces me dirigisteis, nunca me impresionaron tanto como esta adorable mansedumbre y esta resignación generosa. Á pesar mío renace mi esperanza y entreveo un porvenir de que vos no tenéis idea.

— Podéis creer firme y ciegamente en lo que os digo: esta resolución es irrevocable, y os juro que no faltaré á ella; y aun podrá ser que más tarde os dé otras garantías de mi promesa.

— ¡Garantías! ¿Creéis que las necesito? Vuestras miradas, vuestra voz, esa divina expresión de bondad que os embellece todavía, las palpitaciones de mi corazón ¿acaso no me prueba todo esto que vuestras palabras son verdaderas? Pero el hombre, bien lo sabéis, Clemencia, el hombre es insaciable en sus deseos, vuestras nobles y tiernas palabras me dan valor para esperar.... sí,.... para esperar la felicidad suprema, la que hasta hoy había considerado como un sueño insensato.

— Explicaos, dijo Clemencia, á quien comenzaban á inquietar las apasionadas palabras de su marido.

— Pues bien, exclamó cogiendo las manos de su esposa; si á fuerza de ternura, de amor... ¿me entendéis, Clemencia?... á fuerza de amor espero que me amaréis; no con un amor tranquilo, sino con una pasión ardiente como la mía. ¡Oh! ¡vos no conocéis esa pasión! ¿Acaso me atreví yo siquiera á hablaros de ella? ¡Os mostrabais tan indiferente conmigo! ¡jamás una palabra de bondad! nunca una de aquellas palabras que poco ha me han hecho llorar, y que ahora me embriagan de felicidad. Y esta felicidad la merezco, ¡os he amado siempre mucho y he sufrido más sin decíroslo! He aquí la tristeza que me devoraba;

mi horror á la sociedad, mi carácter sombrío y taciturno no era más que eso. ¡Tener en mi casa una mujer encantadora y adorada, ser esa mujer la mía, una mujer cuyo amor deseaba con todo el arrebato de un amor contrariado, y estar condenado por ella á solitarios y ardientes insomnios! No, ¡vos no sabéis las lágrimas de desesperación que he derramado, ni mi furor insensato! ¡Oh! no hay duda: todo eso os habría conmovido. ¿Pero qué digo? Eso os ha conmovido, habéis adivinado mis martirios, ¿no es cierto? Sí, sí, os compadeceréis de ellos. La vista de vuestra hermosura, de vuestras gracias encantadoras no serán ya mi infelicidad y mi suplicio diarios. Sí, este tesoro que miro como el más precioso de los dones, este tesoro que me pertenece y que no poseía, este tesoro será muy pronto mío. Sí, mi corazón, mi alegría, mi embriaguez todo me lo anuncia, ¿no es cierto, amiga mía, amiga de mi alma?

Al decir Harville estas palabras; besó mil veces las manos de Clemencia, que desconsolada al ver el engaño de su marido, en el primer momento de repugnancia y casi de terror no pudo menos de retirar de pronto la mano, y su fisonomía expresó el resentimiento de un modo que el marqués no podía desconocerlo. Aquel golpe fué terrible: sus facciones tomaron una expresión que por fuerza movía á lástima. La marquesa le tendió rápidamente la mano y le dijo: Alberto, yo os juro que seré siempre vuestra más afectuosa amiga, vuestra tierna hermana... pero nada más. Perdonadme si á pesar mío mis palabras os han hecho concebir esperanzas que yo no puedo realizar.

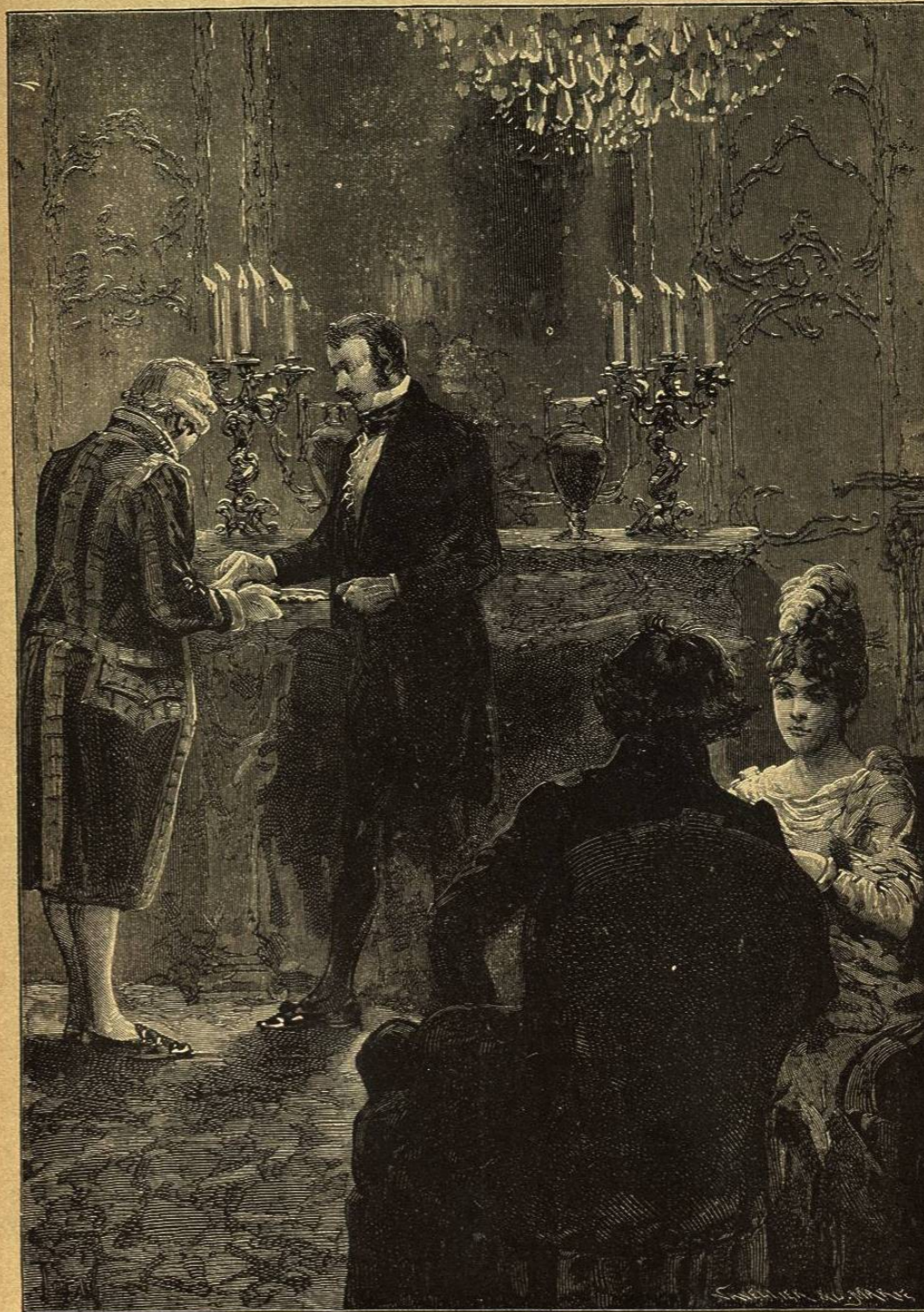
— ¿Jamás? exclamó Harville lanzando á su esposa una mirada suplicante y desesperada.

— Jamás.

Esta sola palabra y el acento con que fué pronunciada descubrían una determinación irrevocable. Clemencia, que por influjo de Rodolfo había resuelto conducirse con más nobleza, estaba decidida á prodigar á su esposo los más tiernos cuidados, pero no se sentía capaz de amarle nunca. No era el terror, no el odio lo que la separaba para siempre del marqués; era una cosa más inexorable, era una repugnancia invencible. Después de un rato de silencio el marqués se pasó la mano por sus húmedos ojos y con amargura capaz de despedazar el corazón de su misma esposa, le dijo: ¡Perdonad mi engaño, perdonad el haberme dejado arrebatar por una esperanza tan insensata!

Después de otro momento de silencio exclamó: ¡Ah! ¡cuán desgraciado soy!

— Y por qué, amigo mío, le dijo con dulzura Clemencia, ¿en nada estimáis, sin que esto sirva de censura, mi promesa de conducirme con vos como una tiernísima hermana? Á mi amistad afectuosísima le deberéis atenciones que no podríais esperar del amor. Aguardad, aguardad mejores tiempos. Hasta hoy me he manifestado casi indiferente á vuestros pesares; ahora veréis de qué modo los compadezco, y cuántos consuelos os proporcionará mi afecto... En



Entró un ayuda de cámara y presentó al marqués una carta.

aquel momento entró un ayuda de cámara y dijo á Clemencia : S. A. R. monseñor el gran duque de Gerolstein pregunta si la señora marquesa puede recibirlo.

Clemencia interrogó á su marido con la vista, y Harville recobrando al punto su serenidad, dijo : Que sí, que sí.

El criado salió y Clemencia dijo : Perdonad, pero yo no había prohibido que no se dejase entrar á persona alguna : por otra parte hace largo tiempo que no habéis visto al príncipe, y estoy cierta de que tendrá gusto en hallaros aquí.

— También yo me alegraré de verle, dijo el marqués, mas si n embargo, con fieso que en este instante estoy tan turbado que hubiera preferido recibirle otro día.

— Lo creo, pero ahora no tiene remedio : aquí está.

— Tengo una verdadera satisfacción, señora, dijo Rodolfo, en hallaros en casa, y agradezco á la suerte que me proporciona el gusto de veros, mi querido Alberto, añadió apretando cordialmente la mano del marqués.

— Efectivamente, hace tiempo, monseñor, que no había tenido el gusto de ponerme á vuestras órdenes.

— ¿Y de quién es la culpa, señor invisible? La última vez que vine á visitar á la señora marquesa le pregunté si estabais fuera de París. Hace á lo menos tres semanas que me habéis olvidado, y esto es imperdonable.

— Reñidle, monseñor, dijo la marquesa sonriéndose. La culpa del marqués es mayor porque profesa á V. A. la adhesión más verdadera, y su negligencia puede dar motivo á que se dude de ella.

— Sin embargo, señora, mi vanidad es tanta que por más que haga el marqués jamás podré dudar de su afecto : á bien que no debiera yo decirlo, pues esto le dará valor para continuar en su aparente indiferencia.

— Creed, monseñor, que si no me he aprovechado más á menudo de vuestras bondades para conmigo, es por circunstancias imprevistas que me lo han estorbado.

— Entre nosotros sea dicho, mi querido Alberto, os tengo por demasiado platónico en amistad; aunque estáis cierto de que os quieren, olvidáis el dar y recibir pruebas de afecto.

Por una falta de etiqueta que le hizo sufrir á la marquesa, entró un ayuda de cámara y presentó al marqués una carta que era el anónimo en que Sara acusaba al príncipe de ser amante de Clemencia. El marqués, por deferencia al príncipe separó con la mano la bandejita de plata que le presentaba el criado, á quien dijo : Después, después.

— ¡Cómo, mi querido Alberto! dijo Rodolfo en tono afectuoso, ¿tales cumplimientos conmigo?